

UN RECUERDO INFANTIL DE JOAQUIN COSTA
(Monzón, 1852)

Bajo el título *Una vida*, cuadernillo escrito por Joaquín Costa en 1868 o el año siguiente, se describe una escena que transcurrió en su casa natal de Monzón, sita en la calle Mayor, hoy número 11.

En la cocina que ocupaba parte de la planta baja, sus padres, el Sr. Joaquín (P) y su madre María (M), mantenían con Joaquín (J) el siguiente diálogo:

P.— No quiero que se venda todavía. Deja que vayamos allá y veremos si se presenta en venta alguna finca buena y si no te has cansado ya de estar allí, veremos qué ha de hacerse.

M.— Pero hombre, no ves que van a echarse encima de ti los acreedores como leones...

P.— Y qué, ¿quizás que venda mis tierra para pagar las deudas? Qué bien se arreglan las cosas de este modo. Si no te hubiese dado el capricho de vivir allá en tu pueblo.

M.— Si no te hubiera dado el capricho de casarte conmigo... ¡Ah!, si algún hijo mío hubiese de ser labrador, primeramente le retorcería el cuello.

J.— Papá, mamá, venid a ver los cerezos. He plantado cerezos en el patio, mañana serán grandes, y cogemos muchas...

El que así gritaba era un niño de seis años, robusto, de cabeza voluminosa y ojos penetrantes, que entraba corriendo en la cocina. Llevaba sucias las manos con tierra y estiércol de caballo caído sobre la planta; por la abertura posterior del pantalón le salía un trozo de camisa.

M.— Siempre lo mismo, siempre sucio —contestó su madre—; ya te he dicho que no entres en el corral, sino que te estés aquí hasta la hora de ir a la escuela. Jesús, que muchacho, no va a bastarme el dinero para lavarle la ropa.

J.— ¡Ay que bien! Vendrá Marieta para ayudarme a subir al árbol.

M.— ¿A qué árbol has de subir gran tonto?

J.— Ven, ven y lo verás... —y arrastró a su madre hasta la galería que daba al patio—. ¿Lo ves allí?

J.— Hemos puesto allí Marieta y yo tres arbolitos y esta noche crecerán porque yo he visto en la huerta otros muy pequeños, y al lado otros grandes, y porque me dijo que los grandes habían sido pequeños.

P.— ¿Quién ha echado a perder este libro? —dijo el padre llevando en la mano uno en francés que estaba en la casa desde la guerra de la Independencia—. ¿Habrás sido tú, eh?

J.— Mira, yo sé leer mejor que todos en la escuela y el maestro no me ha pasado a escribir aún y yo quiero saber escribir y hacer santos como los que hay en El Amigo de los Niños.

P.— ¿Pero infeliz, para eso es menester llenar de garabatos el libro? No vendrás más a la huerta.

M.— El lo ha hecho, él; ayer tarde enfermo como estaba se levantó y

encontró el libro, cogió el tintero, y luego lo encontré sentado en la cama haciendo rayas y echando borrones.

P.—Y harás bien de sujetarlo de pequeño, que estudie, que eso le valdrá; el otro día se escapó y lo vieron en los Paúles corriendo por los campos con un haz de ramas bajo el brazo y escarbando en los sembrados.

P.—¿A dónde ibas infeliz?, ¿quién te llevó allí, di la verdad? —dijo el padre en tono amenazador.

J.—No te enfades papá, no hice ningún mal; pregúntale al maestro y ya verás como te dice que siempre soy el primero. Yo fui al campo para ver cómo nace y crece el trigo, porque el otro día no quisiste decírmelo. Y para ver cómo atan a los bueyes para labrar.

P.—Si le importara mucho al rapazo saber cómo crece el trigo. Habrías de saber los sudores que cuesta el hacerlo crecer y no le tendrías tanta afición. Marcha a la escuela que ya es hora y cuidado que otra vez se te encuentren como un vagabundo por las huertas. Temprano empezaremos...

A la mañana siguiente el pequeño agrónomo se levantó el primero, bajó a visitar su plantación, y ¡cuál no sería su sorpresa al encontrarse en lugar de árboles hechos y derechos, tiradas por el suelo las ramillas de cerezo que a costa de gran esfuerzo había conseguido clavar en un ángulo del patio! La lluvia caída durante la noche las había derribado, pero nuestro pequeño plantador no lo vio así, sino que atribuyó el desperfecto a la mala voluntad de Marieta, la de enfrente, que solía atravesar todos los días el patio para pasar de la calle Mayor al camino de afuera, evitando un largo rodeo. De aquí provino una gran camorra que armó con ella.

